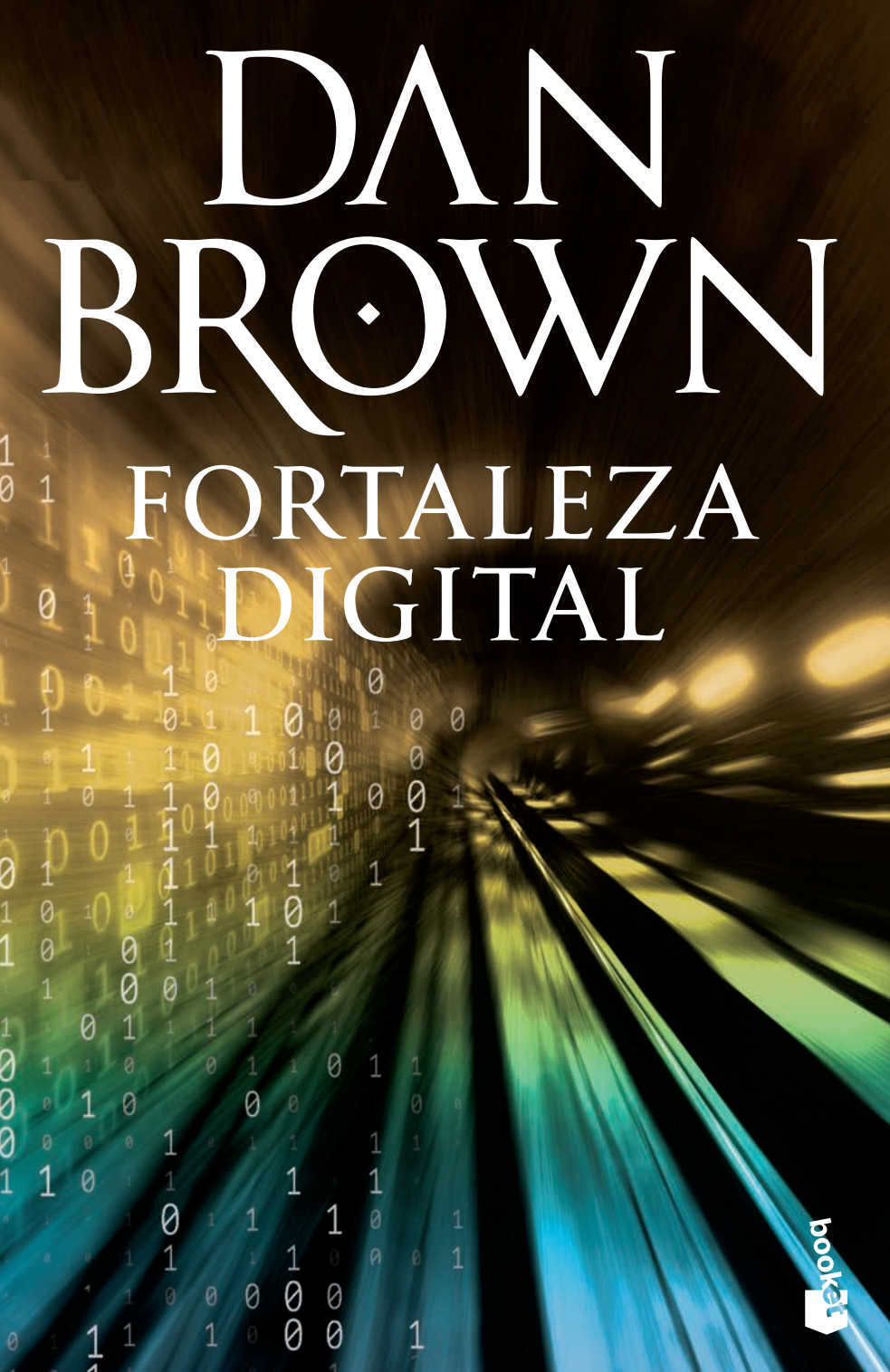


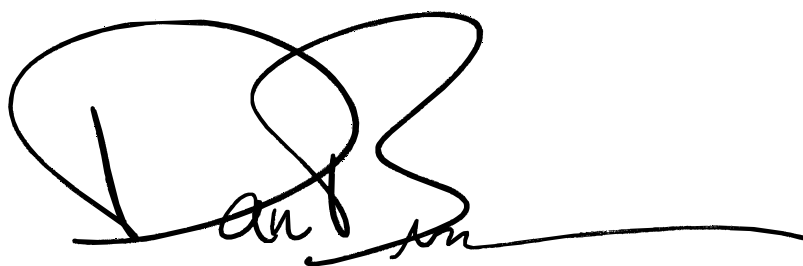


DAN BROWN

FORTALEZA DIGITAL

DAN BROWN

FORTALEZA DIGITAL



Firmado digitalmente por Dan Brown

Traducción de Aleix Montoto



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Digital Fortress*

© Dan Brown, 1998

Publicado por acuerdo con St. Martin's Publishing Group en asociación con International Editors' Co., Barcelona. Todos los derechos reservados.

© por la traducción, Aleix Montoto, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017, 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: agosto de 2017

Primera edición en esta presentación: julio de 2025

Depósito legal: B. 11.676-2025

ISBN: 978-84-08-30637-5

Impreso en España

Capítulo 1

Estaban en su hotel favorito de las Smoky Mountains, tumbados en la cama con dosel de su habitación. David la observaba con una sonrisa.

—¿Qué me dices, preciosa? ¿Te casas conmigo?

Ella se lo quedó mirando. Tenía claro que él era el elegido. Para siempre. Mientras contemplaba el profundo verde de sus ojos, un ensordecedor timbre comenzó a sonar a lo lejos. Y empezó a alejarlo de ella. Extendió las manos hacia él para impedir que se fuera, pero sólo consiguió abrazar el aire.

Era el sonido del teléfono lo que despertó por completo a Susan Fletcher de su sueño. Dejó escapar un grito ahogado y cogió torpemente el auricular.

—¿Hola?

—Soy David, Susan. ¿Te he despertado?

Ella sonrió y se dio la vuelta en la cama.

—Estaba soñando contigo. ¿Por qué no vienes y jugamos? El río.

—Todavía está oscuro.

—Mmm... —gimió ella sensualmente—. Entonces definitivamente tienes que venir a jugar. Luego podemos dormir hasta tarde antes de emprender el viaje al norte.

David exhaló un suspiro de frustración.

—Por eso te llamo. Se trata de nuestro viaje. He de posponerlo.

De golpe, Susan se despertó por completo.

—¡¿Qué?!

—Lo siento. He de marcharme de la ciudad. Regresaré mañana. Podríamos salir a primera hora. Todavía tendríamos dos días.

—Pero ya he hecho las reservas en Stone Manor —repuso ella dolida—. Había conseguido nuestra antigua habitación.

—Lo sé, pero...

—Se suponía que esta noche iba a ser *especial*... Íbamos a celebrar seis meses. Recuerdas que estamos prometidos, ¿verdad?

—Susan —suspiró él—, ahora no puedo darte más detalles, un coche está esperándome. Te llamaré desde el avión y te lo contaré todo.

—¿Un *avión*? —repitió ella—. ¿Qué está pasando? ¿Cómo es que la universidad...?

—No es un avión de la universidad. Luego te llamo y te lo explico todo. Ahora tengo que marcharme, me están esperando. Estaremos en contacto. Te lo prometo.

—¡David! —exclamó ella—. ¿Qué...?

Pero ya era demasiado tarde. David había colgado.

Susan Fletcher permaneció despierta durante horas aguardando su llamada. El teléfono no sonó.

Al mediodía, Susan se metió en la bañera apesadumbrada y se sumergió en el agua jabonosa para tratar de olvidarse de Stone Manor y las Smoky Mountains. «¿Dónde puede estar David? —se preguntó—. ¿Por qué no me ha llamado?»

Poco a poco, el agua que la rodeaba pasó de caliente a tibia y finalmente se enfrió del todo. Estaba a punto de salir cuando sonó el teléfono inalámbrico. Sin importarle derramar agua en el suelo, se irguió de golpe para coger el aparato que había dejado en el lavamanos.

—¿David?

—Soy Strathmore —respondió una voz.

Los hombros de Susan se desplomaron.

—¡Ah! —dijo incapaz de ocultar su decepción—. Buenas tardes, comandante.

—¿Esperabas a alguien más joven? —bromeó la voz.

—No, señor —respondió Susan avergonzada—. No es lo que...

—Claro que sí —rio él—. David Becker es un buen hombre. No lo dejes escapar.

—Gracias, señor.

—Susan —dijo entonces el comandante en un tono repentinamente serio—, te llamo porque necesito que vengas. Ahora mismo.

A ella le extrañó esa petición.

—Es sábado, señor. Normalmente no...

—Ya lo sé —replicó él con tranquilidad—. Se trata de una emergencia.

Susan se incorporó. «¿Una emergencia?» Jamás había oído esa palabra de labios del comandante. «¿Una emergencia en Cripto?» No se le ocurría de qué podía tratarse.

—S-sí, señor. —Se quedó un momento callada—. Estaré ahí tan pronto como pueda.

—Que sea todavía más pronto —añadió Strathmore, y colgó.

Envuelta en una toalla y goteando agua, Susan Fletcher se quedó un momento mirando la pila de ropa cuidadosamente doblada la noche anterior: unos pantalones cortos para ir de excursión, un suéter para los fríos anocheceres de la montaña y la lencería nueva que había comprado para las noches. Deprimida, se dirigió al armario a buscar una blusa y una falda limpias. «¿Una emergencia? ¿En Cripto?»

Mientras bajaba la escalera, se preguntó si el día podía ir a peor.

Estaba a punto de descubrirlo.

Capítulo 2

A nueve mil metros de altura sobre un océano completamente en calma, David Becker miraba abatido por la pequeña ventanilla ovalada del Learjet 60. Le habían dicho que el teléfono que había a bordo no funcionaba y no había tenido oportunidad de llamar a Susan.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —farfulló para sí.

Pero la respuesta era sencilla: había personas a las que simplemente uno no podía decir que no.

—Señor Becker —dijo una crepitante voz por los altavoces—. Llegaremos dentro de media hora.

Él asintió con tristeza a la voz invisible. «Genial.» Cerró la persiana de la ventanilla e intentó dormir. Pero sólo podía pensar en ella.

Capítulo 3

El Volvo sedán de Susan se detuvo a la sombra de una valla de tres metros de altura coronada con alambre de espino. Un joven guardia colocó una mano sobre el techo del coche.

—Su tarjeta identificativa, por favor.

Susan se la entregó y esperó el habitual medio minuto. El agente pasó la tarjeta por un escáner computarizado. Finalmente, levantó la mirada.

—Gracias, señorita Fletcher. —Luego hizo una señal imperceptible y la verja se abrió.

Casi un kilómetro más adelante, Susan repitió el procedimiento para cruzar una valla electrificada igualmente imponente. «Vamos, chicos... Sólo he pasado por aquí un millón de veces...»

Al acercarse al último puesto de control, un corpulento centinela con dos perros guardianes y una ametralladora miró su matrícula y le indicó con la mano que pasara. Ella siguió Canine Road durante otros doscientos veinte metros en dirección a la Zona C del aparcamiento para empleados. «Increíble —pensó—. Veintiséis mil trabajadores y un presupuesto de doce mil millones de dólares. Cabría esperar que pudieran pasar un fin de semana sin mí.» Aparcó el coche en su espacio reservado y paró el motor.

Después de cruzar la terraza ajardinada y entrar en el edificio principal, pasó por dos puestos de control internos más y, finalmente, llegó al túnel sin ventanas que con-

ducía a la nueva ala. Una cabina de escaneo de voz bloqueaba la entrada.

AGENCIA DE SEGURIDAD NACIONAL (NSA)

DEPARTAMENTO DE CRIPTOGRAFÍA

SÓLO PERSONAL AUTORIZADO

El guardia armado levantó la mirada.

—Buenas tardes, señorita Fletcher.

Susan sonrió cansada.

—Hola, John.

—No la esperaba hoy.

—Ya, tampoco yo esperaba venir. —Se inclinó hacia el micrófono parabólico—. Susan Fletcher —dijo con claridad.

Al instante, el ordenador confirmó los intervalos de frecuencia de su voz, la puerta se abrió y ella pasó.

El guardia observó a Susan mientras ella recorría el pasillo de cemento. Había advertido que ese día los intensos ojos color avellana de la mujer parecían distantes. Sus mejillas, sin embargo, tenían una sonrosada frescura, su pelo cobrizo, a la altura del hombro, parecía haber sido secado hacía poco y su cuerpo dejaba tras de sí una fragancia a polvos de talco Johnson's. Los ojos del guardia recorrieron de arriba abajo el esbelto torso de la mujer y pasaron de la blusa blanca con el sujetador ligeramente visible debajo a una falda de color caqui que le llegaba hasta las rodillas y, finalmente, a sus piernas..., las piernas de Susan Fletcher.

«Cuesta imaginar que soportan un cociente intelectual de 170», se dijo.

El guardia se la quedó mirando un largo rato hasta que, finalmente, sacudió la cabeza al tiempo que ella desaparecía en la distancia.

Cuando Susan llegó al final del túnel, una puerta circular como la de una cámara acorazada le bloqueó el paso. En grandes letras se podía leer: CRIPTOGRAFÍA.

Con un suspiro, colocó la mano dentro de un hueco con un teclado numérico e introdujo su código PIN de cinco dígitos. Segundos después, la mole de acero de doce toneladas comenzó a abrirse. Susan intentó concentrarse, pero sus pensamientos seguían volviendo a él.

David Becker. El único hombre al que había amado. El profesor a tiempo completo más joven de la Universidad de Georgetown y un brillante especialista en lenguas extranjeras. Casi una celebridad en el mundo académico. Poseedor de una memoria eidética y un gran amor por los idiomas, Becker dominaba seis dialectos asiáticos además del español, el francés y el italiano. Sus clases sobre etimología y lingüística siempre estaban llenas hasta los topes e, invariablemente, luego se quedaba un largo rato contestando una extensa batería de preguntas. Hablaba con autoridad y entusiasmo, aparentemente ajeno a las miradas de adoración de sus embelesadas estudiantes.

Moreno y de unos juveniles treinta y cinco años, Becker poseía unos penetrantes ojos verdes y un ingenio sin par. Su poderosa mandíbula y sus marcados rasgos le parecían a Susan como tallados en mármol. A pesar de que superaba el metro ochenta de estatura, Becker se movía por la pista de squash con más rapidez de la que ninguno de sus colegas podía comprender. Tras darle una paliza a su oponente, solía refrescarse metiendo la cabeza en una fuente para empapar su espeso pelo negro. Luego, todavía goteando, invitaba a su contrincante a un batido de frutas y un *bagel*.

Como les sucedía a todos los profesores jóvenes, el salario universitario de David era modesto. Ocasionalmen-

te, cuando necesitaba renovar su afiliación al club de squash o cambiarle las cuerdas a su vieja raqueta Dunlop, ganaba algo de dinero extra haciendo traducciones para diversas agencias gubernamentales radicadas en Washington o sus alrededores. Y fue gracias a uno de esos trabajos que conoció a Susan.

Una despejada mañana durante las vacaciones otoñales, al regresar a su apartamento de tres habitaciones tras haber salido a correr, Becker vio que su contestador automático estaba parpadeando. El mensaje era como muchos otros: una agencia gubernamental que solicitaba sus servicios de traducción durante unas pocas horas más tarde ese día. Lo único extraño era que Becker no había oído hablar nunca de esa organización.

—Se llama Agencia de Seguridad Nacional —les dijo a algunos de sus colegas a los que telefoneó en busca de información.

La respuesta fue siempre la misma:

—¿No querrás decir *Consejo* de Seguridad Nacional?

La primera vez, Becker comprobó el mensaje.

—No. En el mensaje dicen *Agencia*. NSA.

—Nunca he oído hablar de ellos.

Becker consultó el directorio de agencias gubernamentales, y tampoco aparecía. Desconcertado, llamó entonces a uno de sus antiguos contrincantes de squash, un exanalista político reconvertido en investigador de la Biblioteca del Congreso. A David lo sorprendió la explicación de su amigo.

Al parecer, la NSA no sólo existía, sino que estaba considerada una de las agencias gubernamentales más influyentes del mundo. Llevaba más de medio siglo dedicándose al espionaje informático global y protegiendo la información clasificada de Estados Unidos. A pesar de eso, apenas un tres por ciento de los norteamericanos conocía su existencia.

—NSA —bromeó su colega— significa «Negamos Se-
mejante Agencia».

Con una mezcla de aprensión y curiosidad, Becker acep-
tó la oferta de la misteriosa agencia y condujo los sesenta
kilómetros que lo separaban de su cuartel general de treinta
y cuatro hectáreas discretamente oculto en las boscosas co-
linas de Fort Meade, Maryland. Después de pasar por innu-
merables controles de seguridad y obtener un pase holográ-
fico de invitado con una validez de seis horas, fue escoltado
a unas lujosas instalaciones en las que le dijeron que pasaría
la tarde ofreciendo «apoyo a ciegas» al Departamento de
Criptografía, un grupo de élite de cerebritos matemáticos
conocido como «los descifradores de códigos».

Durante la primera hora, los criptógrafos ni siquiera
parecieron darse cuenta de que Becker se encontraba allí.
Permanecían inclinados alrededor de una enorme mesa y
hablaban en una jerga que Becker no había oído nunca.
Mencionaban cifrados de flujo, generadores autodecima-
dos, problemas de mochila, protocolos de conocimiento
cero y puntos de unicidad. Él se limitaba a observarlos,
completamente perdido, mientras garabateaban símbolos
en papel milimetrado, escudriñaban hojas impresas y con-
tinuamente se referían al confuso revoltijo de letras, nú-
meros y símbolos proyectados en una pantalla que había
sobre sus cabezas:

JHDJA3JKHDMADO/ERTWTJLW+JGJ328
5JHALSFNKH HHHFAF0HHDFGAF/FJ37WE
OHI93450S9DJFD2H/HHRTYFHLF89303
95JSPJF2J0890IHJ98YHFI080EWRT03
JOJR845H0ROQ+JT0EU4TQEFQE//OUJW
08UY0IH0934JTPWFIAJER09QU4JR9GU
IVJP\$DUW4H95PE8RTUGVJW3P4E/IKKC
MFFUERHFGV0Q394IKJRMG+UNHVS9OER
IRK/0956Y7U0POIKIOJP9F8760QWERQI

Finalmente, uno de ellos explicó lo que Becker ya había sospechado. Ese galimatías era un código, un «texto cifrado»: grupos de números y letras que representaban palabras encriptadas. El trabajo de los criptógrafos consistía en estudiar el código y extraer el mensaje original, o «texto no cifrado». La NSA había llamado a Becker porque sospechaba que el mensaje original estaba escrito en chino mandarín. Su cometido consistía en traducir los símbolos a medida que los criptógrafos fueran descifrándolos.

Durante dos horas, Becker estuvo interpretando el interminable flujo de símbolos mandarines. Sin embargo, cada vez que les entregaba una traducción, los criptógrafos negaban con la cabeza desesperados. Al parecer, el código no tenía sentido. Deseoso de ayudar, les indicó entonces que todos los caracteres que le habían mostrado tenían un rasgo común: también formaban parte del lenguaje kanji. Al instante, se hizo el silencio en la sala. El hombre que estaba al cargo, un tipo larguirucho llamado Morante que fumaba un cigarrillo tras otro, se volvió hacia él y manifestó su incredulidad.

—¿Quiere decir que estos símbolos tienen múltiples significados?

Becker asintió. Les explicó que el kanji era un sistema de escritura japonés basado en caracteres chinos modificados. Él había traducido el texto al mandarín porque eso era lo que le habían pedido.

—¡Dios mío! —Morante tosió—. Probemos la traducción kanji.

Como si de magia se tratara, de pronto todo cobró sentido.

Los criptógrafos se quedaron debidamente impresionados, pero aun así hicieron que Becker tradujera los caracteres en un orden distinto del original.

—Es por su propia seguridad —indicó Morante—. De esta forma, no sabrá qué está traduciendo.

Becker se rio, pero se dio cuenta de que nadie más lo hacía.

Cuando el código fue finalmente descifrado por completo, Becker no tenía ni idea de qué secretos había ayudado a revelar, pero una cosa estaba clara, la NSA se tomaba en serio el descifrado de códigos: el cheque que llevaba en el bolsillo era superior al salario de todo un mes en la universidad.

Al recorrer de vuelta los puestos de control del pasillo principal en dirección a la salida, un guardia que acababa de colgar un teléfono le impidió el paso.

—Señor Becker, espere un momento aquí, por favor.

—¿Qué sucede?

Becker no había contado con que ese trabajo le fuera a llevar tanto tiempo y ya llegaba tarde a su partido de squash de los sábados.

El guardia se encogió de hombros.

—La directora del Departamento de Criptografía quiere hablar con usted. Está de camino.

—¿Una mujer? —Becker rio. Era la primera que veía en la NSA.

—¿Supone eso algún problema? —dijo una voz femenina a su espalda.

Él se volvió y, al instante, sintió que se ruborizaba. Se fijó en la tarjeta identificativa que la joven llevaba prendida en la blusa. La directora del Departamento de Criptografía de la NSA no sólo era una mujer, sino que además era realmente atractiva.

—N-no —farfulló—. Yo sólo...

—Susan Fletcher —sonrió ella al tiempo que extendía su esbelta mano.

Él se la estrechó

—David Becker.

—Felicidades, señor Becker. He oído que ha hecho usted un gran trabajo. ¿Podríamos hablar un momento?

Él vaciló.

—En realidad, tengo algo de prisa...

Becker confió en que declinar una invitación de la agencia de inteligencia más poderosa no fuera una insensatez, pero su partido de squash comenzaba dentro de cuarenta y cinco minutos y tenía una reputación que mantener: David Becker nunca llegaba tarde a jugar a squash... A clase quizá, pero a squash nunca.

—Seré breve. —Susan Fletcher sonrió—. Por aquí, por favor.

Diez minutos después, Becker estaba en la cafetería de la NSA disfrutando de un bollo y un zumo de arándanos con la encantadora directora del Departamento de Criptografía de la NSA. Rápidamente, el profesor comprendió que el alto puesto en la agencia que ocupaba Susan Fletcher a sus treinta y ocho años no era fruto de la casualidad. Se trataba de una de las mujeres más brillantes que había conocido nunca, y se descubrió a sí mismo haciendo esfuerzos para seguir sus explicaciones sobre códigos y el desciframiento de los mismos; era una nueva y excitante experiencia para él.

Una hora más tarde, después de que, obviamente, Becker se hubiera perdido su partido de squash y Susan hubiera ignorado descaradamente tres mensajes del busca, ambos se echaron a reír. A pesar de tratarse de dos personas con unas mentes altamente analíticas y supuestamente inmunes a los encaprichamientos irracionales, mientras discutían sobre morfología lingüística y generadores de números pseudoaleatorios habían saltado fuegos artificiales entre ambos y habían comenzado a sentirse como una pareja de adolescentes.

Susan no llegó a exponerle la verdadera razón por la que quería hablar con él: ofrecerle un puesto de prueba en el Departamento de Criptografía Asiática. A juzgar por la pasión con la que el joven hablaba sobre la enseñanza, es-

taba claro que nunca sería capaz de dejar la universidad. Susan decidió no arruinar la sintonía que se había dado entre ambos hablando de trabajo. Volvía a sentirse como una adolescente y nada iba a estropear eso. Y nada lo hizo.

Los inicios de su noviazgo fueron lentos y románticos: escapadas furtivas siempre que sus agendas lo permitían, largos paseos a través del campus de Georgetown, capuchinos en Merlutti's a última hora de la noche, ocasionales conferencias y conciertos. Susan se descubrió a sí misma riendo más de lo que nunca habría creído posible. Parecía que no había nada que David no pudiera convertir en una broma. Suponía un bienvenido desahogo de la intensidad de su puesto en la NSA.

Una despejada tarde de otoño, se sentaron en las gradas para ver cómo el equipo de fútbol de Rutgers le daba una paliza al de Georgetown.

—¿A qué dijiste que jugabas? —bromeó Susan—. ¿Frontón?

Becker soltó un resoplido.

—Se llama *squash*.

Ella se lo quedó mirando con cara de incomprensión.

—Es *parecido* al frontón —explicó él—, pero la pista es más pequeña.

Susan le dio un empujón.

El extremo izquierdo del equipo de Georgetown envió un córner fuera y el público lo abucheó. Los defensas regresaron corriendo a su posición.

—Y ¿qué hay de ti? —preguntó Becker—. ¿Haces algún deporte?

—Soy cinturón negro de máquina escaladora.

Becker hizo una mueca.

—Prefiero deportes en los que se pueda ganar.

—Qué competitivo... —sonrió Susan.

El defensa estrella del equipo de Georgetown interceptó un pase y las gradas estallaron en vítores. Susan se inclinó entonces hacia delante y susurró al oído de David:

—Doctor.

Él se volvió y se la quedó mirando sin comprender.

—Doctor —repitió ella—. Di la primera cosa que te venga a la cabeza.

Becker no parecía muy convencido.

—¿Asociaciones de palabras?

—Un procedimiento estándar de la NSA. Necesito saber con quién estoy. —Susan lo miró con severidad—. Doctor.

Becker se encogió de hombros.

—Seuss.

Ella frunció el ceño.

—Está bien, a ver esta otra... Cocina.

Él no vaciló:

—Dormitorio.

Susan enarcó las cejas tímidamente.

—De acuerdo, probemos con otra... Gato.

—*Catgut* —replicó al instante Becker.

—¿*Catgut*?

—Sí. *Catgut*. Las cuerdas de las raquetas de los campeones de squash están hechas de ese material.

—Curioso —dijo ella.

—Bueno, ¿cuál es tu diagnosis? —inquirió Becker.

Susan lo pensó un minuto.

—Eres un maníaco del squash inmaduro y sexualmente frustrado.

Becker se encogió de hombros.

—Parece bastante acertado.

La cosa siguió así durante semanas. Mientras tomaban el postre o durante cenas que duraban toda la noche, Becker no dejaba de hacerle innumerables preguntas.

¿Dónde había aprendido matemáticas?
¿Cómo había terminado trabajando en la NSA?
¿Cómo es que era tan cautivadora?

Susan solía sonrojarse, y en una ocasión le admitió que había tardado en desarrollarse. Durante su adolescencia había sido una chica larguirucha y desmañada con aparatos en los dientes. Su tía Clara le dijo una vez que Dios se había disculpado por su falta de pecho ofreciéndole inteligencia. Una disculpa prematura, pensó Becker.

Susan le explicó un día que su interés por la criptografía había comenzado en el instituto. El presidente del club de informática, un chico alto de octavo llamado Frank Gutmann, le escribió un poema de amor y lo encriptó con un cifrado de sustitución numérica. Susan le suplicó que le dijera qué decía el poema. Con cierta coquetería, Frank se negó. Ella se llevó entonces el texto a casa y se pasó toda la noche despierta con una linterna debajo de las sábanas hasta que desentrañó el secreto: cada número representaba una letra. Con cuidado, descifró el código y observó maravillada cómo los números aparentemente aleatorios se convertían por arte de magia en un maravilloso poema. En aquel instante supo que se había enamorado: los códigos y la criptografía se convertirían en su vida.

Casi veinte años más tarde, después de haber obtenido su máster en matemáticas en la Universidad Johns Hopkins y de estudiar teoría de números con una beca completa del MIT, presentó su tesis doctoral: *Métodos criptográficos, protocolos y algoritmos para aplicaciones manuales*. Al parecer, su profesor no fue el único que la leyó; poco después de presentarla, Susan recibió una llamada telefónica y un billete de avión de la NSA.

Todos los que se dedicaban a la materia conocían la existencia de la NSA; era el hogar de algunos de los mejores criptógrafos del planeta. Cada primavera, mientras las empresas del sector privado descendían sobre las nuevas

mentes más brillantes del mercado laboral y les ofrecían obscenos salarios y opciones en acciones, la NSA se limitaba a observar cuidadosamente, seleccionaba sus objetivos y al final intervenía y doblaba la mejor oferta que hubieran recibido. Lo que la NSA quería lo compraba. Temblando de anticipación, Susan voló al Aeropuerto Internacional de Washington-Dulles, donde la recogió un conductor de la agencia que la llevó a Fort Meade.

Ese año hubo otras cuarenta y una personas que recibieron la misma llamada. Susan, de veintiocho años, era la más joven. También la única mujer. La visita resultó ser más una sesión de intensas relaciones públicas y numerosas pruebas de inteligencia que una reunión informativa. A la semana siguiente, ella y otros seis candidatos fueron invitados de nuevo. Si bien vacilante, Susan decidió volver. De inmediato, separaron al grupo y pasaron por pruebas poligráficas individuales, revisión de antecedentes personales, análisis caligráficos e interminables horas de entrevistas, incluidos cuestionarios grabados sobre sus respectivas orientaciones y prácticas sexuales. Cuando el entrevistador le preguntó a Susan si alguna vez había mantenido relaciones sexuales con animales, ella estuvo a punto de marcharse, pero, por alguna razón, el misterio hizo que siguiera adelante. Se sentía tentada por la posibilidad de trabajar en la teoría de códigos más avanzada, entrar en el Palacio de los Enigmas y convertirse en miembro del club más hermético del mundo, la Agencia de Seguridad Nacional.

Becker se sentía fascinado por sus historias.

—¿De verdad te preguntaron si habías mantenido relaciones sexuales con animales?

Ella se encogió de hombros.

—Parte de la revisión de antecedentes personales rutinaria.

—Bueno... —dijo entonces él conteniendo una sonrisa—. Y ¿qué les dijiste?

Ella le dio una patada por debajo de la mesa.

—¡Les dije que no! —Y luego añadió—: Lo cual, hasta anoche, era cierto.

A ojos de Susan, David era lo más cercano a la perfección que podía imaginar. Sólo tenía una desafortunada característica: cada vez que salían, él insistía en pagar la cuenta. Ella odiaba verlo gastar el salario de todo un día en una cena para dos, pero Becker era inflexible. Aprendió a no protestar, pero se trataba de algo que seguía molestándola. «Gano más dinero del que puedo gastar —pensaba ella—. Debería ser yo quien pagara.»

A pesar de ello, decidió que, aparte de su anticuado sentido de la caballerosidad, David era ideal. Era compasivo, inteligente, divertido y, lo mejor de todo, tenía un sincero interés en lo que ella hacía. Tanto si iban a visitar el Smithsonian, a dar una vuelta en bici, o preparaban espaguetis en la cocina de Susan, David siempre mostraba curiosidad. Ella contestaba a las preguntas que podía y le ofrecía una visión general y desclasificada de la Agencia de Seguridad Nacional. Lo que David oía lo fascinaba.

Fundada por el presidente Truman a las 12.01 del 4 de noviembre de 1952, la NSA había sido la agencia de inteligencia más clandestina del mundo durante casi cincuenta años. Las siete páginas de la doctrina fundacional de la NSA exponían una función muy básica: proteger las comunicaciones del gobierno de Estados Unidos e interceptar las comunicaciones de las potencias extranjeras.

El tejado del principal edificio de operaciones de la NSA estaba cubierto por más de quinientas antenas, entre las cuales, dos grandes radomos que parecían enormes pelotas de golf. El edificio mismo era descomunal: más de ciento noventa mil metros cuadrados, el doble que el cuartel general de la CIA. Dentro había dos millones y medio

de metros de cables telefónicos y siete mil quinientos metros cuadrados de ventanas permanentemente cerradas.

Susan le habló a David sobre el departamento de COMINT o inteligencia de comunicaciones, la división de reconocimiento global de la agencia: una alucinante colección de puestos de espionaje, satélites, espías y teléfonos intervenidos alrededor del mundo. Miles de comunicados y conversaciones eran interceptados a diario, y todos ellos se enviaban a los analistas de la NSA para ser descifrados. El FBI, la CIA y los consejeros de política internacional del gobierno dependían del espionaje de la NSA para tomar sus decisiones.

Becker se sentía fascinado.

—Y ¿el desciframiento de códigos? ¿Dónde encajas *tú* en todo eso?

Ella le explicó que a menudo las transmisiones interceptadas provenían de gobiernos peligrosos, facciones hostiles y grupos terroristas, muchos de los cuales se encontraban dentro de las mismas fronteras de Estados Unidos. Sus comunicaciones solían estar codificadas por si terminaban en las manos equivocadas, cosa que, gracias al COMINT, solía pasar. Susan le contó a David que su trabajo consistía en estudiar los códigos, descifrarlos a mano y suministrarle a la NSA los mensajes descryptados. Aunque esto no era del todo cierto.

Sintió una punzada de culpabilidad por mentirle a su nuevo amor, pero no tenía elección. Unos pocos años antes, esa definición habría sido fiel; no obstante, las cosas habían cambiado en la NSA. Todo el mundo de la criptografía lo había hecho. Las nuevas funciones de Susan estaban clasificadas, incluso para personas que ocupaban cargos del más alto nivel.

—Códigos —dijo Becker fascinado—. ¿Cómo sabes por dónde comenzar? Es decir..., ¿cómo los descifras?

Susan sonrió.

—Tú deberías saberlo. Es como estudiar una lengua extranjera. Al principio, el texto parece un galimatías, pero una vez que aprendes las reglas que definen su estructura, puedes obtener un significado.

Becker asintió impresionado. Quería saber más.

Usando las servilletas de Merlutti's y los programas del concierto al que habían asistido a modo de pizarra, Susan se dispuso a ofrecerle a su querido pedagogo un minicurso en criptografía. Comenzó con el «cuadrado perfecto» de Julio César.

Julio César, le explicó, fue el primer escritor de códigos de la historia. Cuando sus mensajeros empezaron a caer en emboscadas, ideó una rudimentaria forma de encriptar sus órdenes. Se le ocurrió reorganizar el texto de sus mensajes de tal forma que la correspondencia no pareciera tener sentido. Por supuesto, sí lo tenía. La cantidad de letras de todos los mensajes conformaba un cuadrado perfecto (dieciséis, veinticinco, cien, dependiendo de lo que Julio César tuviera que decir), y los oficiales habían sido instruidos para que, cuando les llegara un mensaje, transcribieran el texto en un cuadrado cuadriculado. Si lo hacían y lo leían de arriba abajo, aparecería un mensaje secreto como por arte de magia.

Con el tiempo, la idea de Julio César de reorganizar el texto fue adoptada por otros y modificada para que el mensaje fuera más difícil de descifrar. La cúspide de la encriptación no informática se alcanzó durante la Segunda Guerra Mundial. Los nazis construyeron una increíble máquina de encriptación llamada Enigma. Este artefacto se asemejaba a una anticuada máquina de escribir con rotores de hojalata interconectados entre sí que giraban de forma intrincada y convertían un texto no codificado en confusas ristas de caracteres aparentemente sin sentido. Sólo mediante otra máquina Enigma calibrada exactamente de la misma forma podía el destinatario descifrar el código.

Becker la escuchaba embelesado. El profesor se había convertido en estudiante.

Una noche, durante una representación universitaria de *El cascanueces*, Susan le dio a David su primer código básico para que lo descifrara. Él se quedó sentado durante todo el entreacto con un boli en la mano, rompiéndose la cabeza con el mensaje de treinta y una letras:

LD ZKDFQÑ CD PTD MÑR GZXZLNÑR BÑMÑBHCÑ

Finalmente, justo cuando las luces comenzaban a apagarse para la segunda parte, David lo resolvió. Para codificar el texto, Susan simplemente había reemplazado cada letra de su mensaje con la letra precedente del alfabeto. Para descifrar el código, lo único que Becker tenía que hacer era cambiar cada letra por la siguiente. Así, «A» pasaba a ser «B», «B» pasaba a ser «C», etcétera. Rápidamente cambió las demás letras. Nunca imaginó que catorce sílabas pudieran hacerle tan feliz:

ME ALEGRO DE QUE NOS HAYAMOS CONOCIDO

Él se apresuró a escribir su respuesta y entregársela a ella:

XÑ SZLAHDM

Susan la leyó y su rostro se iluminó.

Becker no podía evitar reírse; tenía treinta y cinco años y estaba perdidamente enamorado. Nunca en su vida se había sentido tan atraído por una mujer. Los delicados rasgos europeos y los suaves ojos castaños de Susan le recordaban los de un anuncio de Estée Lauder. Y por más que, de adolescente, el cuerpo de Susan hubiera sido larguiru-

cho y desmañado, desde luego por aquel entonces ya no lo era. En algún momento había desarrollado una grácil elegancia y ahora era esbelto y alto, tenía unos pechos grandes y firmes y su abdomen era perfectamente plano. David solía bromear diciendo que era la primera modelo de bañadores que había conocido con un doctorado en matemáticas aplicadas y teoría de los números. A medida que los meses fueron pasando, ambos comenzaron a sospechar que habían encontrado algo que podía ser para toda la vida.

Llevaban juntos casi dos años cuando, inesperadamente, David le propuso matrimonio. Fue durante un viaje de fin de semana a las Smoky Mountains. Estaban en una gran cama con dosel del hotel Stone Manor. Él no tenía ningún anillo preparado, simplemente se lo propuso. Eso era lo que a Susan le encantaba de él, que fuera tan espontáneo. Ella le dio un largo e intenso beso. Él, por su parte, la cogió en brazos y le quitó el camisón.

—Me tomaré eso como un sí —dijo David, e hicieron el amor toda la noche envueltos por la calidez del fuego de la chimenea.

Esa noche mágica había tenido lugar hacía seis meses, antes de la inesperada promoción de David a director del Departamento de Lenguas Modernas. Desde entonces, su relación había ido cuesta abajo.